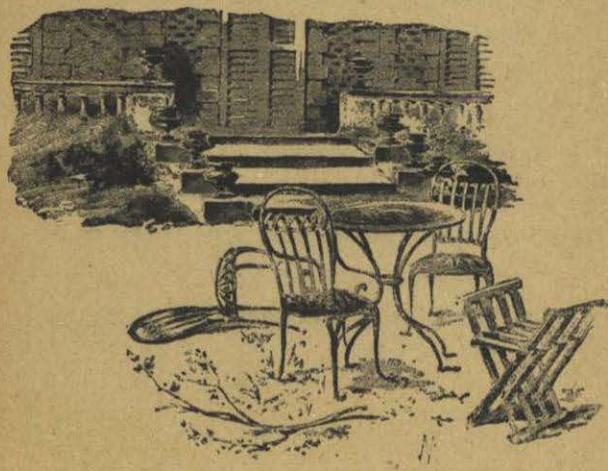


Publicado en las columnas del *Musée Universel*, vió la luz, editado por Dentu en 1873 sin éxito alguno. No es una novela de interés sostenido; no es más que una colección de paisajes, la melancolía de ver nuestras casas veraniegas invadidas por el enemigo.

En la nueva edición de mis obras completas hecha por Dentu-Charpentier, *Roberto Helmont* se encuentra al final del segundo tomo de *Jack*; y está en su sitio, puesto que describe aquellos mismos bosques de Sénart, la Ermita, la Puerta Pacôme, donde conocí al héroe de la novela *Jack*, y resucita algunos de los mismos personajes.



En la Ermita, á 30 de Septiembre.

Ayer hizo seis semanas que me rompí la pierna. Fué precisamente el día que se declaró la guerra. Mientras M. de Grammon producía en el Senado tanto ruido y tanto entusiasmo, yo, volviendo de pescar con caña, tropecé á orillas del Sena contra un cacharro oculto entre la hierba y tuvieron que llevarme á mi Ermita del bosque de Sénart en el carretón de un leñador...

Esta mañana salí por primera vez, después de cincuenta días de fiebre y de sufrimientos, aumentados por las noticias de la

guerra. He tenido pesadillas en las cuales me parecía tomar parte en lejanas batallas, y los siniestros telegramas que se recibían de Forbach, de Reichshoffen, se confundían en mí con mis dolores de enfermo, el calor que me daba el vendaje de la pierna entablillada y la inmovilidad en la agitación, que es el más cruel de los suplicios. ¡Al fin ya concluyó eso!

Después de no haber visto durante mucho tiempo más que la copa de los árboles y esas grandes sábanas de cielo azul, por donde no pasan sino pájaros, me he sentido muy satisfecho de poner los pies en el suelo, y bajar, cojeando, la escalinata de mi casa.

Pero, ¡qué debilidad! La cabeza me daba vueltas. Mi pierna, tantos días inmóvil, había olvidado el equilibrio y el movimiento. Parecíame que no era mía, que no formaba parte de mi cuerpo y que no podía yo dirigirla á mi antojo.

Sin embargo, pasito á pasito, con esa des-

confianza extremada que aumenta la enfermedad, pude llegar, como Dios me dió á entender, hasta el corral y abrir de un empujón la puertecilla medio escondida entre la hierba que crecía en la tapia.

¡Qué placer al entrar allí! Durante mi ausencia, la mujer del guarda, mi vecino, ha cuidado muy bien todos mis bichos, que me dirigen ahora miradas brillantes y familiares. Los conejos, unos detrás de otros, se han asomado á la boca de su conejera, meneando y estirando sus afiladas orejas. Las gallinas han seguido dando en la hierba sus eternos picotazos. El gallo, más expresivo que ellas, ha abierto sus alas cuanto ha podido, saludándome, además, con su alegre quiquiriquí.

En seguida fuí á sentarme en el viejo banco de piedra, verdoso, gastado; el cual, así como la tapia llena de brechas y dos ó tres manzanos roídos por el musgo, datan del tiempo en que mi casa y los cercados que la rodean, formaban parte de un anti-

guo convento edificado en la espesura del



bosque... Jamás me había parecido tan bonito mi jardín. Las espalderas, algo deshoja-



—Leed eso, señorito Roberto... me dijo.

guo convento edificado en la espesura del



bosque... Jamás me había parecido tan bonito mi jardín. Las espalderas, algo deshoja-



—Leed eso, señorito Roberto... me dijo.

das, estaban cuajadas de melocotones maduros y de dorados racimos de uvas. Las grosellas extendían su follaje, salpicado de algunos puntos rojos, y bajo aquel sol de otoño que hace madurar todas las frutas, abrir todas las hierbas, judías y guisantes, caer el grano, los gorriones se perseguían revoloteando y picando con juveniles vocecillas, entre las cuales se notaban, por lo atipladas y finas, las de los nacidos de las últimas nidadas.

De cuando en cuando, el pesado vuelo de un faisán pasaba por encima de la ruinosa tapia y se dejaba caer sobre un campo de trigo. En lo alto de un árbol corpulento, una ardilla jugueteaba partiendo nueces. El dulce calor, bajo la influencia del cual todo se mueve tranquilamente, daba á aquel rústico rinconcillo de tierra una calma extraordinaria. Había olvidado á los prusianos, la invasión, y... De pronto, el guarda y su mujer entraron.

¡Era tan extraño ver en la Ermita, durante

el día, al tío Guillard, que correteaba eternamente por el bosque! Comprendí desde luego que sucedía algo extraordinario.

—Leed esto, señorito Roberto... me dijo el bueno del hombre.

Y sacando del bolsillo de su chaquetón un número del *National*, arrugado, doblado de cualquier modo, por manos poco acostumbradas á manejar periódicos, me lo alargó con aspecto consternado. En primera plana, una orla negra y estas siniestras palabras: *El ejército francés ha capitulado*. No pude seguir leyendo.

Deslumbrado, con los ojos cerrados, estuve viendo aquella pequeña línea rodeada de centellas y de rayos, como si acabase de leerla sobre una pared blanca iluminada por el sol.

De modo que ya no había esperanza. Se había roto el último dique. Aquello era la invasión, la invasión grande... ¡El guarda cree que antes de ocho días estarán aquí los prusianos!

— ¡Ah, señorito de mi alma! Es menester ver cómo están esos caminos de Dios. Desde aquí á París la carretera va llena de rebaños y de coches. Todo el mundo huye, abandona sus casas. En Champrosay no queda ya nadie. No queda más que el arrendador Goudeloup, que no ha querido marcharse. Ha mandado fuera á su mujer y á sus hijos, ha cargado sus dos escopetas y se queda esperando.

— Y vos, tío Guillard, ¿qué pensáis hacer?

— Yo, señorito, haré lo mismo que Goudeloup.

Nuestros jefes no nos han dado instrucciones, y yo me aprovecharé de esa circunstancia para quedarme en mi sitio y guardar el bosque hasta el último momento.

Cuando lleguen los prusianos haremos barricadas en la Ermita y nos defendemos, porque supongo que no habréis pensado en marcharos teniendo la pierna mala.

Luego, si nos atacan... ¡qué demonio! nos

defenderemos. Vos haréis fuego desde las ventanas; yo guardaré la puerta Pacôme y mi mujer cargará las escopetas... ¿No es verdad, hija?

¡Qué hombre más valiente! Oyéndole hablar se me enardecía la sangre.

A pesar de los sesenta años, el indiano como le llamaban en el pueblo, hace todavía un buen soldado, con su elevada estatura, sus anchos hombros, sus ojos brillantes, llenos de astucia y de animación.

Mirándolo, se me ocurría que no faltaría qué hacer en compañía de un hombre como aquél. Podría uno emboscarse á la orilla de aquel bosque, que él conocía palmo á palmo, y matar algunos prusianos al paso. Pero entonces volví á tener conciencia de mi debilidad, de mi inutilidad, y el pensar en ellos me consternó.

Cuando el guardabosque y su mujer me dejaron solo, me quedé sentado en el mismo banco y absorto en mis reflexiones. ¡Qué extraña desesperación la mía! Sentir

esa necesidad de agitarse, de gastar fuerza vital que da la proximidad del peligro, y no



poder dar ni diez pasos fuera de aquel jardín. ¿Cuánto tiempo tendría que estar así? El médico dice que tengo todavía para dos

meses lo menos. ¡Dos meses! ¡Ah, miseria!...

El viento refrescaba. Dolíame la pierna. Me volví á casa, y me puse á comer con verdadera tristeza. Después de comer, vino el guardabosque (como todas las noches desde que me rompí la pierna) á fumar la pipa conmigo. Está más decidido que nunca á permanecer en la Ermita. Mientras que en voz alta me daba cuenta de todos sus planes y proyectos de defensa, oíamos á lo lejos, por la ventana abierta, esos ruidos ordinarios de la hora del crepúsculo, ruedas que crujían por los carriles, trenes en marcha, zumbido de hojas en las malezas del bosque; y por momentos otro rumor producido por todos esos, confundidos y aumentados, me parecía que subía del suelo por seguir la corriente del río y recorrer después las colinas que se veían allá en el horizonte, y que se agrandaba y se agrandaba incesantemente.

Era algo así como el múltiple paso de un ejército en marcha, que se apresura á la

caída del día buscando el término de su etapa, mientras que el primer rayo de luna ilumina los cañones de los fuertes y la punta dorada de los cascos...

De pronto, una sorda detonación á flor de tierra nos hizo estremecer. La mujer de Guillard, que estaba quitando mi modesta mesa, sintió que temblaba la pila de platos que llevaba en las manos.

— ¡Eso es que han volado el puente de Corbeil — dijo el guardabosque.

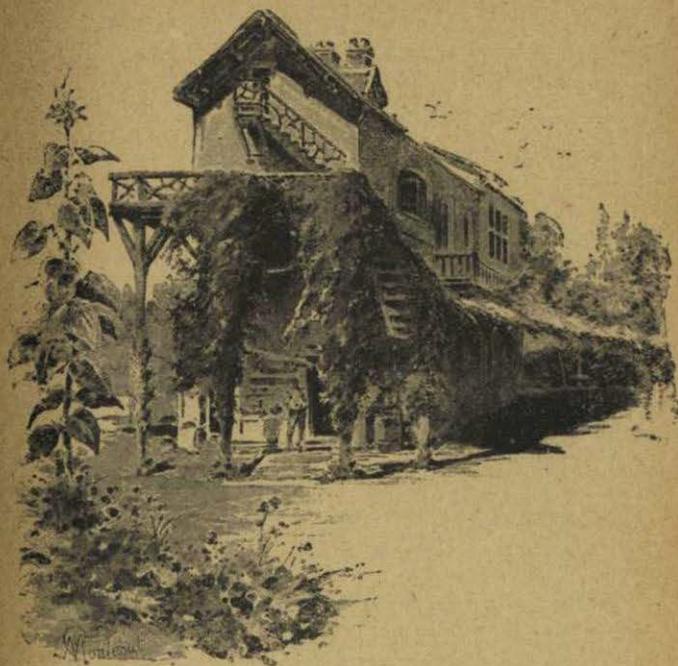
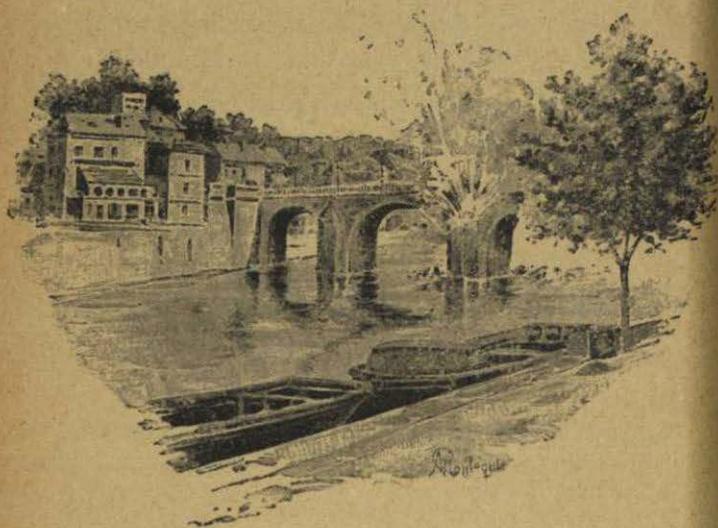
Y aquel sitio delicioso, donde tantas veces había ido á almorzar los días de caza, me parecía ahora que estaba á veinte leguas de distancia.

Nos miramos en silencio, y Guillard se levantó, cogió la escopeta y su linterna, y en voz baja, con los dientes apretados, dijo, haciendo un ademán heroico:

— Voy á cerrar la puerta Pacôme.

¡Cerrar la puerta Pacôme! Desde hace más de cien años está entreabierta; el bosque se ha aprovechado de la ocasión, y ha hecho

que trepen todos los espinos indiscretos por todas las juntas de sus desunidos tablo- nes. Si tenemos que sufrir un bloqueo, no me inspira gran confianza la tal puerta.



5 Septiembre.

... Mucho tiempo había yo estado buscando un rincón solitario que no estuviese lejos de París, y adonde, sin embargo, no fueran con frecuencia los parisienses.

Un día, paseando por el bosque de Sé-

nant, descubrí la Ermita, y desde hace diez años paso allí todos los veranos.



Es un antiguo convento quemado en el año 1793. Las cuatro paredes maestras han quedado en pie, mohosas, con desconchones de

trecho en trecho, que forman, entre lo verde, manchones de piedras encarnadas, cu-



biertas en muchos sitios por una vegetación riquísima que va invadiéndolo todo; las amapolas, las avenas, y algunas plantas rígi-

das de hojas regulares y puntiagudas, aparecen como aplicaciones de metal.

Una puerta da al camino; la otra, la famosa puerta Pacôme, da al bosque; senderos apenas trazados, llenos de hierbabuena, de menta silvestre, por donde las mañanas de niebla me ha parecido muchas veces ver desaparecer el capuchón de algún monje que andaba en busca de plantas medicinales.

De trecho en trecho, á lo largo del muro, hay algunas poternas, condenadas desde hace siglos; dan paso á través de las espesas malezas, á rayos luminosos, como si el claustro encerrase todo el sol del bosque.

En el interior hay terrenos vagos, llenos de hierbas quemadas, jardinillos, verjeles separados entre sí por sus correspondientes empalizadas, y dos ó tres casas construídas con esas mismas piedras encarnadas que abundan en el bosque.

El guarda vive en una de esas casas y la otra está siempre para alquilar; la mía, una

especie de torrecilla irregular y extraña, se distingue de las restantes por una parra frondosísima que la cubre completamente. Le he hecho los cortes necesarios para poder abrir las ventanas.

Dejé á la cocina sus grandes vigas y el piso en el estado en que lo encontré; no he hecho más que levantar el techo de un granero grande que tenía, poner testeros de cristales, en vez de las paredes, y así me he hecho un estudio magnífico, en el cual no tengo más vecinos que los nidos de palomas torcaces y urracas, que se columpian en las copas de los árboles.

Cuando estoy allí, el bosque me rodea de soledad, como si fuese un mar con sus olas de follaje, sus flujos y reflujos de brisas y el murmullo de un tiempo de calma.

En verano, por las tardes á la hora del calor, adormecido y silencioso, regularmente pasa zumbando un moscardón, se golpea contra la vidriera entreabierto, cuya claridad lo atrae, y luego, como bala que re-

bota, sale disparado sacudiendo el dorado polvillo de sus espesas alas, y va á perderse en los matorrales que exhalan su perfume de miel.

Ese moscardón es mi reloj. Cuando pasa, me dice:

“¡Hola, ya son las dos!”

Y me encuentro muy bien.

En resumen; un rincón maravilloso para trabajar, y en el cual he hecho mis mejores cuadros.

¡Así es que adoro con alma, vida y corazón á mi Ermita!

Hace diez años que la embellezco cuanto puedo.

He traído aquí lo que yo llamo mis riquezas: mis libros, mis cartones, mis colecciones de agua-fuertes, armas antiguas... y ahora, ¿tendría yo que abandonar todo esto, dejar mi *home* á esos bandidos? ¿Para qué? ¿Para ir á encerrarme en París?... Pero, puesto que no puedo andar, ¿de qué les he de servir allí? Bastantes bocas inútiles tienen por allá...

Pues, no señor. Decididamente este hombre tiene razón.

No hay que irse de aquí. *Pro aris et focis!*

Ya que no he podido defender mi patria, ¿qué menos he de hacer que defender mi hogar?

